

Las castas reaccionarias sublevaronse contra el pueblo y traicionaron a su propia patria

España Popular

SEMANARIO AL SERVICIO DEL PUEBLO ESPAÑOL

AÑO I. - NUM. 21 Gerente: JOSE ARMISEN Redactor Jefe: J. IZCARAY MEXICO, D. F., 18 DE JULIO DE 1940 Redacción y Administración: CALLE ROSALES, NUM. 2. - DPTO. 3 10 CENTAVOS

Registrado como artículo de 2.ª clase en la Administración de Correos, con fecha 28 de febrero de 1940.

Entonces venció el pueblo; mañana volverá a vencer el pueblo!

El 18 de Julio de 1936 se cometió contra el pueblo español uno de los más grandes crímenes que registra la historia de todos los países. Las castas reaccionarias españolas, los jefes del Ejército, retrogrados y envilecidos, los clanes monárquicos, los carlistas, los grandes terratenientes semi-feudales, los salteadores de la Banca, la gran burguesía en general, llevaron a cabo el monstruoso atentado contra el pueblo, el golpe que habían planeado cuidadosamente durante meses y aun durante años.

Cómo se preparó la sublevación
A este respecto los preparativos de que apareció rodeada la sublevación de Julio arrojan esplendorosa luz. La reacción y el Ejército estaban desde hacía mucho tiempo en convivencia con Mussolini y con los nazis. La sublevación de Sanjurjo en 1932—antecedente y ensayo de la sublevación de Julio— y las jornadas de Octubre, demostraron a la reacción las energías que se encerraban en el seno del pueblo. Su golpe de Julio fué preparado, pues, con mayor amplitud y meticulosidad. Sabían que el pueblo no estaba con ellos, que los odiaba, que

veía en esas minorías el enemigo mortal de las libertades populares y del progreso del país. Los que después se sublevaron se echaron en brazos del extranjero, le entregaron la Patria, las riquezas y la independencia de la Patria, a cambio de que el fascismo italoalemán los ayudara a estrangular al pueblo español. Primo de Rivera, Sanjurjo y otros magnates del fascismo español hicieron viajes a Roma y Berlín. Los Estados Mayores de Mussolini y Hitler fueron los que en realidad planearon y dirigieron la sublevación que había de entregarnos, siquiera fuese momentáneamente, las bases estratégicas y las riquezas de que disponía España. Después, ya vimos cómo

mo cínicamente, con la complicidad de la reacción internacional, con la ayuda de la socialdemocracia internacional—complicidad y ayudas expresadas claramente en la iniqua No Intervención—llegaron a nuestro país aviones, tanques y divisiones enteras que consumaron el negro crimen de la invasión de España. Sobre la reacción española, sobre todas esas fuerzas políticas y sociales que hoy aparecen como soportes del franquismo cae, pues, toda la sangre, toda la ruina de España. Sobre ellas cae también el crimen de lesa Patria que significa el haber entregado España a los extranjeros y es vano todo su griterío y son vanas todas sus mentiras lanzadas con el intento de enmascarar los móviles del gran delito que cometieron y de ocultar la triste situación en que han sumido a nuestro país.

La responsabilidad de los otros
Mas otra responsabilidad cabe también y es, pese al segundo orden que históricamente ocupa, responsabilidad de gravedad extrema. Nos referimos a la responsabilidad de las direcciones republicanas y socialistas, que demostraron una absoluta incapacidad para comprender el volumen del peligro que re-

presentaba la reacción española y para evitar o asegurar el fracaso de la sublevación. Durante el periodo que media entre las elecciones de Febrero y el levantamiento fascista de Julio los gobiernos republicanos que ocuparon el poder acusaron una debilidad y en muchos casos una complicidad criminal en toda la política que siguieron en relación con los manejos de la reacción. Ni depuraron el Ejército, ni arrebataron sus bases económicas a la reacción, ni disolvieron las organizaciones fascistas, ni tomaron en general ninguna de las medidas que el pueblo encabezado y dirigido por el Partido Comunista reclamaba sin cesar y de manera inequívoca.

El pueblo, frente a la sublevación. Desde el poder se siguió una política de complacencia, de vacío al pueblo, de capitulación ante los que amenazaban sublevarse; política ésta que adquirió expresión concreta en la formación de aquel Gobierno que duró unas horas, en el cual figuraban Martínez Barrio y el traidor Miaja y que tenía por misión pactar, entregarse, mejor dicho, a los sublevados. Sólo la energía del pueblo, sólo su voluntad de lucha, sólo su decisión de aplastar a sus enemigos, voluntad concretada en la política del Partido Comunista, que secundaban el P. S. U., las Juventudes Socialistas Unificadas, ciertos núcleos de la U. G. T. y los elementos más sanos de los partidos y organizaciones que integraban el Frente Popular, pudo evitar que en los días de Julio se cometiera la vil traición consumada años después por Casado, Miaja y compañía, dirigidos por la reacción franquista.

Estas minorías habían sido arrolladamente derrotadas en las elecciones del 16 de Febrero, en las cuales—es preciso recordarlo—los grupos montañeses de carlistas y monárquicos sólo pudieron lograr 24 puestos al Parlamento que ofrecía un total de 473 escaños. Falange no consiguió una sola acta de diputado. El pueblo marchaba por la vía de la República Democrática, y quería avanzar por el camino del bienestar y del progreso. Había triunfado en las elecciones y quería que el programa del Frente Popular se hiciera carne en la realidad española; quería que se convirtiera en tierra para los campesinos, en salarios justos para los obreros, en seguridad para las libertades populares que deseaba ver libres de asechanzas reaccionarias.

El Partido Comunista de España, que creció y se desarrolló en los grandes combates de las masas revolucionarias, figuró siempre en primera línea en la lucha contra la reacción española en el periodo comprendido entre 1931 y 1936, principalmente; o sea, el periodo de las grandes luchas de las masas por sus reivindicaciones, en el periodo del desarrollo de la revolución democrático-burguesa en nuestro país. Fué nuestro Partido un adalid inamovible en la organización de la unidad de las masas obreras y campesinas, en la lucha por mejorar sus condiciones de vida, en los combates por la tierra para los campesinos, en la lucha consecuente contra los grandes terratenientes, los capitalistas, el alto clero, la nobleza y los generales monárquicos. La historia de la revolución española a partir de 1931 está llena de ejemplos magníficos que demuestran la lucha intransigente del Partido Comunista de España en favor de las masas explotadas y oprimidas de todo el país.

con semejantes luchas consumían valiosas energías de las masas, lo que permitía a la reacción española asestar golpe tras golpe a las fuerzas obreras y campesinas y a sus organizaciones revolucionarias de nuestro país. En una lucha ideológica sin tregua, desembarcó las actividades de los trotskistas que se encontraban en el seno del movimiento obrero y actuaban como agentes de la reacción, que luchaban por impedir la acción unificada de las masas, que especulaban con consignas demagógicas, que eran realmente verdaderos enemigos del movimiento obrero. Nuestro Partido, después de la derrota momentánea del movimiento de Octubre de 1934, enarboló la bandera de la unión de todas las fuerzas antifascistas, para formar un bloque poderoso, lo suficientemente fuerte, que conquistara el predominio político en la situación y desalojara a la reacción del Poder, para dar satisfacción a los deseos de las grandes masas populares, tanto en lo que se refería a la libertad de decenas y decenas de millares de revolucionarios presos,

como a las reivindicaciones económicas y a las condiciones de vida del pueblo trabajador que se encontraba sometido a la política de explotación bestial de los elementos reaccionarios que tenían usurpada la dirección política en el Gobierno del país. Pero nuestro Partido, merced a su clarividencia política, a su ligazón con las masas, consiguió que el Frente Popular llegara a realizarse en nuestro país y que éste consiguiera el triunfo del 16 de febrero.

Estas elecciones tuvieron una gran significación revolucionaria en todo el país. Nuestro camarada José Díaz, decía en este sentido en su artículo publicado en "Mundo Obrero" el 3 de febrero de 1936: Nuestra lucha en España no tiene el menor parecido con las "elecciones de tipo normal" de países como Inglaterra, Norteamérica, Suiza, etc. Aquí se ventila mucho más. La movilización de las masas por nuestra parte, su llamamiento a las urnas bajo la bandera del Bloque Popular tiene más significación que el simple hecho de designar a unos representantes en Cortes. Con los votos va a decidirse esta vez el futuro, la forma y el cauce por los que ha

advertírselo a las masas para que no prendiesen las confianzas excesivas ni los optimismos infundados. Para seguir adelante, para derrotar por completo a la contrarrevolución, los comunistas aconsejaban fortalecer más y más el Frente Popular, impulsar la alianza de la clase obrera con los campesinos y plantearse con toda decisión el problema fundamental de la unidad de la clase obrera que representaba la piedra angular de la unidad de todo el pueblo. A la vista de las experiencias que se han desarrollado en nuestro país en los últimos años, hoy se puede afirmar sin incurrir en exageración que si entonces se ponen en práctica los consejos del Partido Comunista, si la unidad popular conseguida en febrero se hubiese canalizado y organizado convenientemente, es seguro que la reacción española no se hubiera lanzado a la lucha armada el 18 de julio de 1936.

En los días de Julio el pueblo demostró palpablemente cuáles eran sus infinitas posibilidades y energías para la lucha que durante tres años sostuvo en forma epopéyica. El pueblo desarrolló iniciativa asombrosa, dió cuadros de mando en el Ejército y en la Administración, arrojó a los frentes centenares de miles de héroes, supo superar dificultades que parecían insalvables, y sólo pudo ser momentáneamente abatido merced a la invasión extranjera, a la conjura que fraguó contra él la reacción internacional y a la traición final de la banda de Casado. Hoy aparece con más claridad que nunca quiénes eran los que interpretando el sentimiento del pueblo tenían razón. No se podía capitular, ni pactar con el enemigo. Eso era la traición, la entrega del pueblo y la entrega de España como país independiente. Había que luchar, había que vencer. El franquismo quería hacer de España lo que ha hecho: un inmenso cementerio, una inmensa cárcel, para convertir al país en el campo de miseria y de sangre en que hoy lo han trocado; para eso se sublevaron las fuerzas reaccionarias españolas y para eso querían el triunfo. Para arrasar todas las libertades del pueblo, para asesinar a los mejores españoles, para sumir a centenares de miles de españoles en las tinieblas de los presidios, para aumentar a términos inconcebibles la explotación de los trabajadores, para regresar a España a la época de los feudos, para lanzar al pueblo al hambre y a la miseria más horribles, para arrojarlo a la guerra imperialista por cuenta del extranjero; para eso se organizó desde España y desde Italia y Alemania la sublevación del 18 de Julio.

Por qué se sublevaron
Las bocas inmundas de los sublevados el 18 de Julio, de los que cometieron un crimen inborrable contra el pueblo y contra la Patria española, han vertido y vierten falsedades repugnantes por medio de las cuales quieren justificar su traición. Más a los ojos del mundo entero aparecieron desde el primer día perfectamente claros los móviles que motivaron la sublevación. Falange, el Ejército, carlismo, monárquicos y la reacción en general se sublevaron contra la República que odiaban por lo que ésta significaba de camino abierto para realizar las aspiraciones del pueblo. Se sublevaron, cubrieron de sangre los campos y las ciudades de España para conservar y aumentar sus privilegios de minorías insaciables, para que el proletariado español trabajara jornadas agotadoras por jornales mínimos y sin ningún derecho, para que los campesinos se doblaran sobre los campos feudales en jornadas de sol a sol, para que ningún pedazo de tierra les perteneciera; se sublevaron para reforzar los privilegios de la casta militar, para conservar y acrecentar los de la Iglesia, para que no se abrieran en España rutas de cultura, de progreso y de justicia social, para retrotraer a nuestro país a las épocas más negras de su historia, para poder explotar y desangrar a su sabor al pueblo.

Constantemente puso al descubierto ante las masas a dónde conducía la política de los jefes socialdemócratas españoles en su apoyo y colaboración a toda la obra de los republicanos burgueses, de concesión en concesión a los grandes terratenientes y capitalistas, y su actitud al impedir el desarrollo del movimiento revolucionario de las masas, como también el sabotaje abierto y descarado a la voluntad inquebrantable de éstas para realizar la unidad en la lucha revolucionaria. Nuestro camarada José Díaz así lo exponía en su artículo publicado en "La Correspondencia Internacional" el 10-4-36: La masa obrera comprendió las consignas de nuestros Partido, pero no así la dirección del Partido Socialista. Nuestras cartas dirigidas a la Comisión Ejecutiva Nacional del Partido Socialista quedaron, en su mayor parte, sin contestación, y nuestras proposiciones fueron sistemáticamente rechazadas. La Comisión Ejecutiva Nacional del Partido Socialista se limitó a la formación de un Comité de Enlace entre el Partido Comunista y el Partido Socialista, pero rechazando todas las propuestas de nuestros representantes en dicho Comité, encaminadas a desarrollar una verdadera acción de masas. Fué el Partido Comunista de España el que denunció la demagogia criminal de los jefes anarquistas que, utilizando el malestar de las masas, las lanzaban a luchas armadas que frecuentemente se transformaban en "putschs" porque carecían de la preparación y de la organización necesarias, y, por tanto,

La justa consigna formulada por Dimitroff en el VII Congreso de la Internacional Comunista: "¡Frente Popular en todo el mundo!", tuvo entre las masas populares de España una transcendental resonancia. La recomendación de

la Internacional Comunista llegaba en los momentos en que el proletariado español empezaba a recuperarse de los resultados de la lucha adversa que con tanto heroísmo había sostenido en octubre de 1934, lucha que si entonces no se vió coronada por el triunfo fué debido a la falta de unidad de la clase obrera, a la cobardía de los jefes socialdemócratas y a la traición de la mayoría de los dirigentes anarquistas. La línea audaz y revolucionaria de la Internacional Comunista llegaba en el momento oportuno, abriendo el pecho a la esperanza, reanimando los espíritus deprimidos o simplemente desorientados. Fortaleció la convicción de que no todo estaba perdido y de que la situación no era ni tan angustiosa ni tan irremediable. El Partido de José Díaz y Pasiónaria, a pesar del terror reaccionario del Gobierno Lerroux-Gil Robles, se encargó de la tarea de aplicar con acierto y justeza la consigna que ponía temor y espanto entre los dirigentes reaccionarios del mundo entero. La actividad desplegada en torno a la creación del Frente Popular, en pro del establecimiento de la unidad de la clase obrera y de la alianza de ésta con los campesinos, fué tan eficaz y consecuente por parte del Partido Comunista de España, que los frutos no tardaron en recogerse el propio 16 de febrero de 1936, alcanzando el pueblo español una resonante victoria electoral sobre el bloque contrarrevolucionario. Sin embargo, la jornada victoriosa de febrero nunca significó el aplastamiento definitivo de la reacción y del fascismo. El Partido Comunista, inmediatamente de conocerse los resultados de las elecciones, tuvo buen cuidado de

advertírselo a las masas para que no prendiesen las confianzas excesivas ni los optimismos infundados. Para seguir adelante, para derrotar por completo a la contrarrevolución, los comunistas aconsejaban fortalecer más y más el Frente Popular, impulsar la alianza de la clase obrera con los campesinos y plantearse con toda decisión el problema fundamental de la unidad de la clase obrera que representaba la piedra angular de la unidad de todo el pueblo. A la vista de las experiencias que se han desarrollado en nuestro país en los últimos años, hoy se puede afirmar sin incurrir en exageración que si entonces se ponen en práctica los consejos del Partido Comunista, si la unidad popular conseguida en febrero se hubiese canalizado y organizado convenientemente, es seguro que la reacción española no se hubiera lanzado a la lucha armada el 18 de julio de 1936.

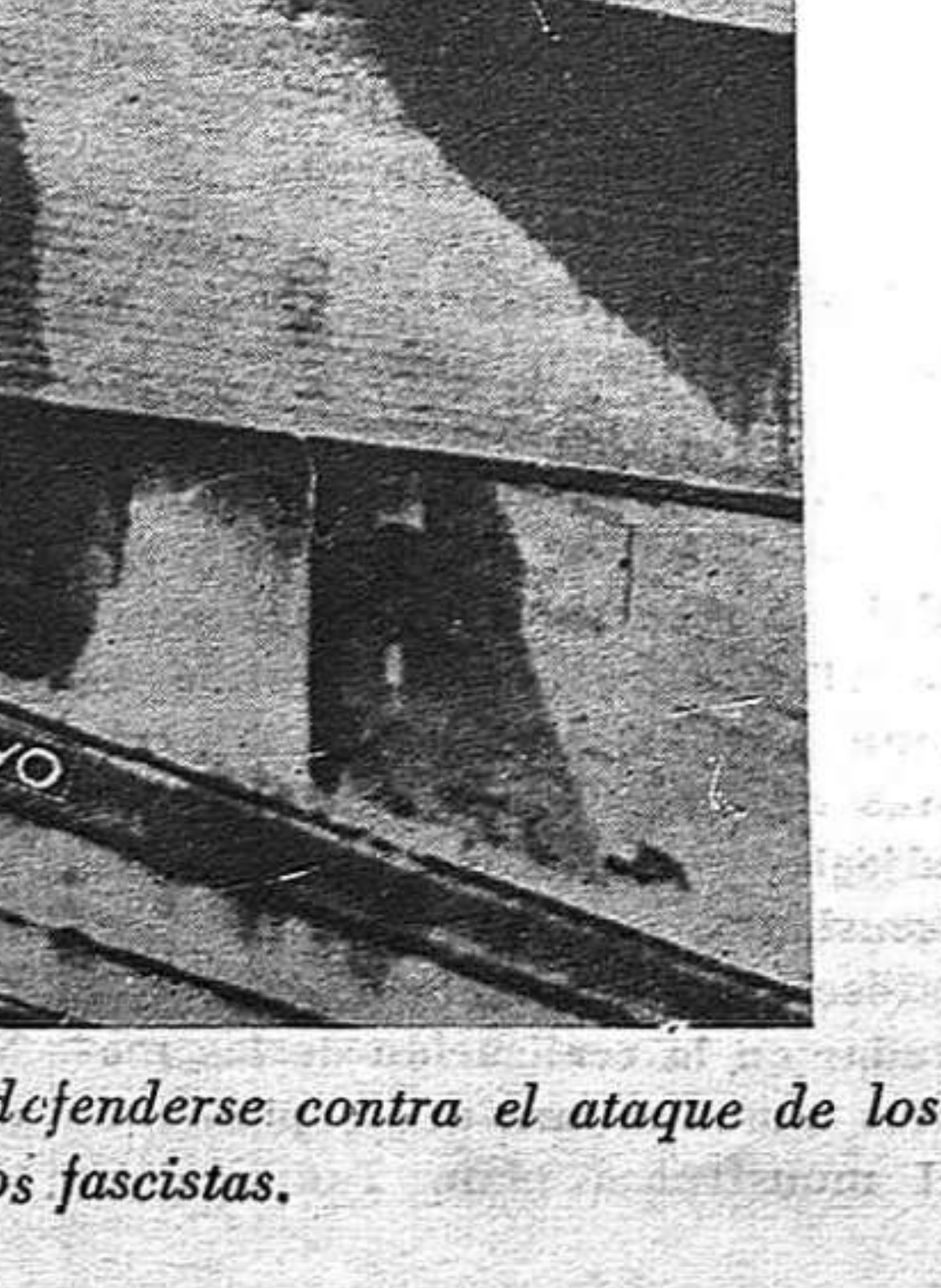
Las fuerzas contrarrevolucionarias, mucho antes del 18 de julio venían preparando las condiciones del levantamiento. La derrotada en febrero les demostó que el propósito estaba erizado de dificultades y que sólo era posible debilitarlas a condición de que brantara el Frente Popular y obstaculizar los lazos de inteligencia y acción común entre la clase obrera. No les faltaron valedores en el campo revolucionario y antifrancista. Pero fueron demasiado lejos en sus cálculos. Por eso cuando hace cuatro años surgió la sublevación, ésta tropezó con la barrera gigantesca que oponía el pueblo entero. El aparato del Estado republicano cayó totalmente. Su aparato de defensa se vino en gran parte en su propia contra. Pero el pueblo laborioso

Mas nuestro pueblo, después de escribir la epopeya de su guerra de independencia y liberación, no ha caído de rodillas; está derecho como un roble y prosigue la lucha contra sus enemigos, unido invencible, de espaldas a los traidores y a los vacilantes, de espaldas a los dirigentes republicanos y socialistas cien veces fracasados, seguro de la victoria final que ha de representar para él la liberación definitiva.

Per esto se sublevaron las minorías reaccionarias españolas. Y para conseguir sus fines no dudaron ante nada. No vacilaron ante la catástrofe que desencadenaban, no vacilaron ante la certidumbre—pues de sobra conocían el temple y la tenacidad del pueblo—de que el paso que daban iba a costar a España centenares de miles de muertos, montones de ruinas y miserias sin fin. Estas perspectivas que abrían su crimen no intimidaron a la reacción española y esas minorías llegaron a más. Con tal de conseguir sus fines no dudaron ni ante la monstruosidad que significó vender a España a los imperialistas extranjeros.

Fué el Partido Comunista de España el que denunció la demagogia criminal de los jefes anarquistas que, utilizando el malestar de las masas, las lanzaban a luchas armadas que frecuentemente se transformaban en "putschs" porque carecían de la preparación y de la organización necesarias, y, por tanto,

El pueblo conquista armas para defenderse contra el ataque de los sublevados fascistas.



El pueblo conquista armas para defenderse contra el ataque de los sublevados fascistas.

El pueblo conquista armas para defenderse contra el ataque de los sublevados fascistas.

El pueblo conquista armas para defenderse contra el ataque de los sublevados fascistas.













